

Northrop Frye: "Anatomía de la crítica"

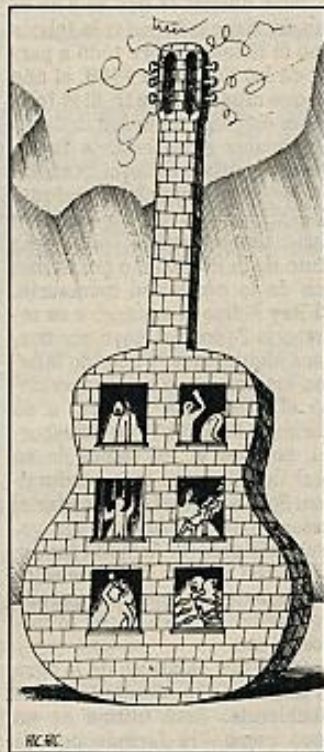
Con el título "Anatomía de la crítica" acaba de editarse en español una obra bastante vieja —su primera edición data de 1957—, escrita por un crítico de sólido renombre. Northrop Frye es un profesor universitario y, consecuentemente, un escritor muy profesoral y representativo de esa plácida subcultura que es la crítica erudita anglosajona. "Anatomía de la crítica", respondiendo a esta orientación, resulta un libro densísimo, complejo, erizado por un enorme aparato erudito, y que a lo largo de sus quinientas páginas justas sucumbe a varias tentaciones, empezando por el designio demoniaco de construir un gran esquema.

En efecto, el libro de Frye responde a la vieja ambición totalizadora de construir un esquema global —y, por supuesto, definitivo, a pesar de las reiteradas protestas de provisionalidad— de la crítica y de su ejercicio. Para ello, y por vía descriptiva, Frye comienza por catalogar las diversas categorías de crítica existentes, llegando a la convicción de que es posible reducirlas a cuatro: la "histórica", la "ética", la "arquetípica" y la "retórica". La sospecha de que pueda tratarse de algún tipo de aristotelismo se confirma en cuanto el lector comprueba cómo el autor hace corresponder a esas cuatro "clases" de crítica, cuatro "teorías" fundadoras: la teoría de los Modos, la de los Símbolos, la de los Mitos y la de los Géneros.

Pero el propósito clasificador, inocente en apariencia, no lo es, sin embargo. Quinientas páginas de apretado discurso nos van descubriendo, en efecto, que Frye alude bajo esas etiquetas ingenuas —"histórica", "ética", etc.— a fenómenos mucho más concretos. Lo veremos en seguida. Pero anticipemos que Frye es un "liberal" muy preocupado con el papel de la crítica y con los estragos que su ejercicio puede acarrear si se olvida cierto género de valores eternos y se pretende fundar el juicio en las modernas supersticiones científicas más o menos revolucionarias. Poco más o menos algo así: por encima, incluso, del papel del arte o de la literatura, está el papel de la crítica, y la crítica, inmensa en sus posibilidades recreadoras, debe ser consciente de que la cultura se escribe con ka y no sirve a más señor verdadero que a la Libertad, así, con mayúscula.

En un libro tan extenso y pla-

gado, por otra parte, de observaciones sugerentes, no es difícil detectar, sin embargo, un propósito de fondo beligerante agazapado debajo de la repetida protesta "liberal". Pues, efectivamente, el alegato de Frye consiste sobre todo en un largo rodeo metafísico para convencernos de que la crítica de fundamento "sociológico" no es sino una celada ideológica que esconde oscuros designios de cambio e innovación. Es la vieja canción "idealista", defensora del carácter intocable o sagrado de la obra de arte, que enfatiza retóricamente sobre el lado misterioso de la creación y acomoda estos sublimes acordes con la sinfonía de fondo que es la concepción "liberal" del arte. Se trata de resaltar que lo importante es



el Espíritu, la Cultura, la Libertad, condenando, como está mandado, cualquier intento de recuperación de la reflexión materialista o, dicho más vagamente, cualquier propósito de reflexión sociológica.

Pero lo más curioso es la pretensión de legitimidad cultural que se percibe siempre en este tipo de autores. Los Frye se ven a sí mismos como herederos de una tradición longeva que los legitima: ellos son Aristóteles, Goethe, etc.; los demás, "los otros", son peligrosos innovadores. Es más: ellos son guerreros auténticos —en cierto modo habría decir aquí "homologados"— y "los otros", todo lo más, guerrilleros advenedizos. Resulta

ilustrador, por ejemplo, escuchar a Frye cuando dice que así como "en la guerra sólo disponemos de medias verdades", en la crítica comprometida con una interpretación sociológica y materialista de la obra de arte, tampoco es posible hallar la verdad entera. De este modo, termina oponiendo su proyecto de interpretación abstracta, ahistórica y no-ética frente a, pongamos por caso —y él la pone—, una interpretación concreta, histórica y ética de la realidad, como es la clasista. Pero, claro está, la interpretación "arquetípica" —que es la suya— no es beligerante; la "histórica" o la "ética", sí lo son...

Frye, desde luego, valora adecuadamente el riesgo de una representación "liberal" demasiado descarnada y recurre, como de costumbre, a la aceptación retórica y como secundaria del fundamento sociológico, con el proverbial artificio de reconocer el carácter condicionante de la base material, siempre con Plejánov desliziándose como una sombra entre los bastidores del montaje. Que es lo que dicen siempre los liberales y es cosa, además, añade Frye, que se sabían de memoria Milton o Mill —¡ah, la Areopagitica y el Essay on Liberty!—, pero sin exagerar, como hacen, valga el casual ejemplo, los marxistas. Porque, en el fondo, de lo que se trata es de devolver a la cultura su eterno y alto papel, su inasequible condición y su prestigio absoluto. He aquí una muestra: "La Libertad sólo puede comenzar mediante la garantía inmediata y actual de la autonomía de la Cultura"... El acreditado truco de la "educación popular", la inefable promesa de que "la Cultura os hará libres" y todo lo demás, levantado como un dique frente a la invasión apasionada e ilegítima de las estrategias concretas, que es una de esas cosas que quedan en pie e intactas del tinglado "ilustrado". Nada, pues, de crítica "revolucionaria": "La acción revolucionaria, del género que sea, lleva a la dictadura de una sola clase y el registro de la Historia parece dejar muy claro que no hay modo más rápido de destruir los beneficios de la Cultura". Para que se convezcan ustedes de que no se trata de una cuestión política, sino de un problema mucho más serio y más amplio. Porque, fijense: "Si vinculamos nuestra visión de la cultura con la concepción de la moral de quienes mandan, tenemos la cultura de los bárbaros; si la vinculamos con la concepción del proletariado, tenemos la cultura del populacho; y si la vinculamos con cualquier clase de utopía burguesa, tenemos la cultura de los filisteos". ¿Están convenci-

dos? Pues ahora traten de salir del atolladero, si pueden. Les serviría de guía para el laberinto el plano no poco cabalístico y bastante intrincado, pero tan liberal, tan culto y tan brillante, que este profesor de la Universidad de Toronto ha escrito en auxilio de naufragos y contra sirenas de todas clases: sirenas bárbaras, sirenas populacheras y hasta sirenas filisteas. ■ JOSE ANTONIO GOMEZ MARIN.

Tirar las puertas del campo

En sus aventuras a través del espejo, Alicia se encuentra con un personaje grosero, mandón, desagradable y con un poco agraciado aspecto de huevo, llamado Humpty Dumpty, quien le explica que las palabras le pertenecen, que él las ha domado y puede hacerlas significar lo que desee. De igual modo se comporta el poder: "loco", "homosexual", preso o delincuente "común" —esto es, común y corriente, como todo el mundo—, son términos que, bien inventados por El, bien por El utilizados, pueden significar cualquier cosa, adjetivar a cualquier persona o grupo de personas que le resulten antipáticas, que le sean adversas, que infrinjan las normas de conducta sancionadas por la Ley y la Costumbre. Términos estos sin un significado muy preciso, objeto de continuas discusiones bizantinas entre doctores de la ley, cuya misma ambigüedad les hace servir de armas idóneas para etiquetar, definir y, en suma, cosificar a los heterodoxos de las costumbres. La máscara tragicómica, de gasterópodo ubuesso, que ha asumido el poder en España y que hasta hace dos años hemos llamado franquismo, incluyó todos estos términos y alguno más —"vago", "mendigo", "prostituta"... y también menor y mujer— en uno más amplio y genérico, el de "peligroso social", y creó una ley en su contra, la famosa Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, que amplió y mejoraba la antigua y republicana "gandula", la Ley de Vagos y Maleantes, gracias a la cual todo español, independientemente de su sexo, condición y aptitudes pasa a ser un delincuente potencial, alguien que podría delinquir y que, por lo tanto, es susceptible de caer en cualquier momento bajo la férula que esgrime el largo y pesadísimo brazo de la ley.

Las ediciones Campo Abierto, siguiendo con su habitual y sañísima costumbre de tirar las

puertas del campo y de hacer visible aquello que debería ser evidente, pero que nos es sistemáticamente ocultado, acaba de editar un informe policéfalo, coordinado por Javier López Linage, que, bajo el título genérico de "Grupos marginados y Ley de Peligrosidad Social", tiene por objetivo primordial contar la realidad que se esconde tras esa proteica Ley de Peligrosidad Social que a todos nos afecta, y exponer por boca de sus mismas víctimas cómo funciona el aparato represor.

El libro, analizado morfológicamente, se divide en cuatro secciones: ante todo, una introducción que reúne trabajos de Javier Linage, Cristóbal Gómez Benito y Osiander, en los que queda clara la necesidad de este libro, la oportunidad de volverse a plantear problemas básicos —qué es un delincuente, qué es un loco, qué es, incluso, una mujer...— a la luz de nuevas perspectivas, y como paso previo para llegar a un verdadero cambio social que transforme las bases mismas de nuestra vida cotidiana. Linage hace hincapié, sobre todo, en la necesidad de informar, de poner a la luz unas situaciones que se nos han esca-

moteado por un trabajo de prestidigitación, y cuya ocultación no ha sido solamente obra de una censura negativa —esto es, que se limitase a prohibir o mutillar—, sino un trabajo de positiva intoxicación ejercido a través de los medios de comunicación.

La primera parte del libro recoge informes de los distintos grupos que han tomado conciencia de su condición de víctimas actuales o potenciales, y que se han incluido en la Coordinadora de Grupos Marginados de Madrid: Mujeres Libres, la Agrupación Mercurio para la Liberación Homosexual, el Frente Homosexual de Acción Revolucionaria (FHAR), el Colectivo de Psiquiatrizados en Lucha, la Comisión de Educación Especial y los comités de apoyo a COPEL. Todos estos grupos, que reúnen a los verdaderos "monstruos" de la sociedad bienpensante, a aquellos a quienes siempre se había negado la palabra —mujeres, locos, homosexuales, delincuentes de Derecho común y hasta deficientes mentales— nos presentan el panorama de la marginación social visto desde dentro, desde el punto de vista de la víctima, no del verdugo ni del espectador aparentemente "indiferente",

que con su misma indiferencia hace el juego al verdugo; su versión es, necesariamente, muy distinta de la oficial. Al mismo tiempo presentan sus puntos reivindicativos, los objetivos de una lucha que, para todos y cada uno de los grupos, va más allá del simple reformismo y se plantea como horizonte deseable la radical transformación de la vida. Los "peligrosos sociales" empiezan de verdad a hacer honor a su nombre.

Sigue un Análisis jurídico de la Ley de Peligrosidad Social, que recoge un trabajo de A. Barsani, abogado penalista. Se plantea Barsani la validez del sistema legal actual y muestra su utilidad para el poder como medio de clasificación y control social. Luego, y dentro de esta misma sección, un grupo de abogados autónomos estudia legalmente la Ley de Peligrosidad Social, en el texto de una ponencia que fue presentada a la Junta General extraordinaria del Colegio de Abogados en mayo de este año.

En la tercera parte, titulada "Análisis psicológico", Lina Zaurín y Rafael Torrubia estudian la problemática del marginado social dentro de las instituciones

de menores, mostrando la invalidez de la institución correccional y de protección a menores tal como está actualmente planteada. Después, el psiquiatra Enrique González Duro hace un estudio, a la vez histórico y psiquiátrico, de lo que es la marginación social en España bajo el franquismo, y de los cambios que se han producido en el problema, tanto en su forma como en su fondo, desde los primeros años de la posguerra hasta la etapa de "desarrollo" en la que aún nos encontramos. González Duro da, desde la perspectiva del psiquiatra no ortodoxo que es, una visión clara, dura y lúcida de lo que es la vida de estas "minorías" —alcohólicos, drogados, mujeres, homosexuales, vagos y demás— que forman la gran mayoría marginada de España.

Cierra el volumen una bibliografía bastante completa, a cargo también de González Duro, que orienta sobre la marginación social y sus relaciones con la psiquiatría, esa que hasta ahora ha sido un arma en manos del poder.

El libro "Grupos marginados y Peligrosidad Social" no puede ser leído de una manera fría y

El Seat 131 tiene un diseño actual que responde a los tiempos que corren. Por eso aporta un nuevo concepto de capacidad, confort, seguridad, potencia y duración.

SEAT 131. De primera clase.



desapasionada, científica; quizá un marciano pudiera leerlo así, pero no, desde luego, un español de 1977, directa y peligrosamente preocupado por esa Ley de Peligrosidad Social por cuya derogación luchan no solamente sus víctimas, sino un importante sector de intelectuales, médicos, abogados y personas conscientes de este país. ■ E. HARO IBARS.

"A California Mystery"

Tal es el subtítulo de la primera novela de Arturo Serrano-Plaja, bien conocido ya como poeta y ensayista, con la que obtiene ahora la justa reputación de novelista. La cacatúa atmosférica (1), a pesar de ser una primera novela, es obra de un novelista maduro. El tono de la misma, la trama, el desarrollo de la acción y de los personajes forman esa unidad indispensable para una buena novela.

Podría calificarse como mitad policíaca, mitad religiosa, pero decirlo así sería decirlo muy mal, porque la novela no es mitad-mitad, sino totalmente policíaca-religiosa. La materia policíaca se funde de tal manera a la religiosa, que sólo recurriendo a la palabra "mystery" —misterio, pero en sus dos acepciones de relato de misterio y del gran misterio divino: la muerte de Jesús— podría interpretarse debidamente. Es una novela fantástica que consigue poner en un mismo plano —mediante un mismo tratamiento: con mucho humor— la lógica, el absurdo, lo trascendente y lo más cotidiano. Hay ya algo sobrenatural en ese personaje ciertamente ridículo que irrumpe de pronto en la vida del doctor Bastos —cuya edad y situación de exiliado español en Estados Unidos se asemeja a la del propio Serrano-Plaja, de quien dice ser amigo— para proponerle la gloria. Gloria que se derivará del hecho de escribir el relato del crimen ocurrido hace mucho tiempo en Arbol Seco City, California, pequeña ciudad —que, avisa el autor, no encontraremos en los mapas— ubicada a unas millas de Los Angeles, en dirección al desierto, y de la que es "coroner" (forense) el doctor Bastos.

Para ello, según Ciriaco Olmos —magnífico nombre para este extraño personaje—, es requisito indispensable cambiar de nombre, es decir, americanizarlo. El doctor Bastos se convierte así en doctor Weston (Ciriaco hubiera preferido Watson) y el

propio Olmos en Ziriak Holmes. "Aquí hay que desengañarse; si se quiere hacer algo, hay que tener nombres anglosajones", dice irónica y un poco frívolamente. Pero añade después, en un sentido más profundo: "¿Quién va a esperar nada de Felipe Bastos o Ciriaco Olmos? Nadie, claro. Ni nosotros mismos. Mejor dicho: especialmente ni nosotros mismos. Esos nombres están ya usados, tasados por un pasado inútil". Tras tan estúpida proposición, el doctor Bastos (o doctor Weston) se encuentra ligado para toda su historia a Ciriaco Olmos (o Ziriak Holmes), ese proyecto de detective, que le produce un sentimiento ambivalente de ridículo y grandiosidad, pero por quien acaba interesándose verdaderamente, estableciendo con él una relación de tintes paternales. Felipe Bastos y Ciriaco Olmos, a pesar de sus diferentes edades, origen y ocupaciones —a más de otra significativa diferencia: el primero es un exiliado español, el segundo es hijo de exiliado—, son dos caras de la misma moneda.

La presencia de Ziriak Holmes en Arbol Seco City produce las lógicas susceptibilidades entre sus habitantes, es un "outsider" que aparece en la ciudad dispuesto a airear sus trapos sucios. El crimen estuvo rodeado de extrañas circunstancias (nadie —o casi nadie— vio a la víctima, cuya llegada anunció un telegrama enviado desde Los Angeles, y jamás se encontró su cadáver) y dio lugar a una serie de misteriosos fenómenos, que los habitantes de Arbol Seco City prefieren no recordar. Ziriak Holmes, con la ayuda de dos niños y de Presunta Ele (otro inmejorable nombre), hija natural del cura (gallego) y mujer de dudosa reputación —redimida por su amor a Ziriak Holmes—, halla el documento que da fe de la existencia de la víctima: el informe de la autopsia, realizado por el doctor Francisco Grande Cobián, que vive en Minnesota, se dedica a la investigación y es amigo de Arturo Serrano-Plaja, tanto en la novela como en la vida. Las investigaciones sobre el crimen no van más lejos porque Ciriaco Olmos comprende la verdad —le es revelado el misterio— y el lector tampoco necesita más explicaciones.

El ritmo de la novela, que escribe el doctor Bastos y por la que alcanzará "la gloria" —en cualquiera o en todas las acepciones de la palabra—, es rápido, los capítulos son cortos y marcan el paso de la investigación detectivesca. Hay mucho humor, lenguaje informal, frecuentes y oportunas expresiones americanas que contribuyen a transportar al lector al lugar del

crimen —no falta, dicho sea de paso, la mención de Philip Marlowe, de quien Ciriaco Olmos es también un sucesor— y a dar la perspectiva requerida: la de los testigos, luego asimilados, de la compleja sociedad de la ciudad californiana que se va convirtiendo para el lector en escenario simbólico del misterio sagrado.

Lástima que la novela, al no estar publicada por una editorial española, se encuentre con algunas dificultades para alcanzar la difusión que merece. ■ SOLEDAD PUERTOLAS.

TEATRO

Teatro catalán

Como muestra del teatro catalán independiente —lo que no excluye, claro está, que existan otros muchos grupos con sus correspondientes trabajos—, acabo de ver tres espectáculos elaborados en Sitges, Prat de Llobregat y Barcelona. Creo que vale la pena hablar de ellos, entre otras cosas porque si, con razón, suele atacarse al centralismo madrileño —"Hay que hacer las cosas en Madrid para que resuenen en toda España"—, no es menos cierto que, en muchas regiones existe también cierto sometimiento a su capital. Tal es el caso de Cataluña, que se identifica demasiadas veces con Barcelona, aunque la resolución adoptada en el Congreso de Cultura Catalana, en lo que al teatro se refiere, prueba



"Le petit prince", de Saint-Exupéry, por el Grupo Gall Groc, de Sitges.

que nadie está de acuerdo con ello.

Creo, además, que los tres trabajos están fuera de ese experimentalismo barcelonés, específico de la ciudad, que igual cae en la pedantería que en espectáculos de extremo y sugerente rigor. Ese es otro fenómeno. El trabajo de estos tres grupos quizá tipifica a la perfección la tradición teatral de la clase media catalana, desde el carácter "familiar" de "Guinyol i quimera de la ciudadana neurótica", pieza sin grandes complicaciones, hecha para divertir y criticar, hasta el trabajo mucho más "culto" sobre "El pequeño príncipe" y el intento plástico-musical de expresar a Kavafis.

"Guinyol i quimera de la ciudadana neurótica", de Pep Albenell, que ganó el último Premio de Sitges —por mayoría apretada de votos ante "Plany per la mort d'Enric Ribera", de Sirera, que corresponde a esa tradición experimental a la que me refería, y que llegó al Festival corta de ensayos—, lo ha montado la Compañía Gent, de Barcelona. La dirección, de Pere Daussé, con un buen grupo de actores —entre los que destaca la actriz Pepa Palau— hace evidente, en forma de farsa, la condición de esa "ciudadana" neurotizada por las represiones más diversas, a partir de la puramente sexual. La misma autocalificación de la obra —guñol— señala su carácter festivo, voluntariamente lírical, y un poco de brocha gorda. Bien mirado, si "Plany per la mort d'Enric Ribera" tiene algo de sublimación del experimentalismo barcelonés —sobre un texto capital en el teatro valenciano moderno, del que hablaremos ampliamente la próxima semana—, "Guinyol i quimera de la ciudadana neurótica" pertenece al escalón inteligente de ese teatro "recreativo", fácil y crítico, que tuvo en el "Retable del flautista", de Jordi Teixidor, su más valiosa expresión.

Merece ser elogiada la versión que los del Gall Groc, de Sitges, han hecho de "El pequeño príncipe". Una versión con altibajos, pero presidida por una encomiable falta de ternurismo, un sentido creativo de la imagen escénica y un modo cordial y sencillo de entender lo fantástico, tal como corresponde a la personalidad del mismo Saint-Exupéry. Un espectáculo, en fin, menor, discretamente incitante, pero sólido.

Resulta bastante más discutible el trabajo del grupo Kaddish, del Prat de Llobregat, sobre poemas de K. P. Kavafis, al que han dado el largo título de "Nu/Retrat d'un jove de vint-i-tres anys, fet per un amic seu de la mateixa edat, aficionat".

(1) Joaquín Mortiz. México, 1977.